

# Poesia

Nurelio H. H. H.

---

POEMAS INEDITOS

# Aurelio Arturo: un hombre canta

VICENTE PEREZ SILVA\*

*"Yo soy el cantor,  
el hombre que canta a los cuatro vientos,  
un hombre de corazón  
diciendo tornátiles palabras,  
a la sombra de la noche mirífica,  
a la sombra de sus párpados lentos. . ."*

En mis días de estudiante tuve la fortuna de conocer a Aurelio Arturo. Muchas veces dialogamos —con la distancia del maestro al discípulo— y deambulamos por las calles de Popayán, a donde había llegado —con espíritu ensoñador— a ejercer una magistratura. El eco de sus palabras todavía resuena en el fondo del alma con la cadencia de sus cantos perdurables. La parábola de su vida está signada con las notas del canto. La imagen de aquel hombre sencillo y bueno que pasó por el mundo de las letras como un jilguero solitario resulta inconfundible. Fue uno de aquellos seres que disfrutó a manos llenas la mágica virtud de un atractivo encantamiento. De aquel "encantamiento lleno de nostalgia, estructurado con voces de una dulce y profunda melodía que hacen de ella una voz aislada, única en el panorama de nuestra literatura".

El 23 de febrero de 1903, Aurelio Arturo vino al mundo de sus sueños en la apacible villa de La Unión, en las ubérrimas tierras del sur colombiano, de aquella "tierra donde es dulce la vida" y allá sembró profundamente el corazón. Su madre, una mujer joven "hecha de luz y silencio" arrulló su cuna con canciones de perdurable entonación y ternura. De aquí la fuente primigenia y nutricia de su temprana inspiración. Al correr del tiempo, puso con acentos mágicos el inefable arpegio de la expresión poética.

\* Humanista, Literato y Filólogo de la Universidad de Los Andes y de la Firenze, profesor universitario, miembro de la Academia de la Lengua, actual rector del Instituto Caro y Cuervo.

De su padre heredó virtudes que hicieron de su vida un auténtico dechado de comportamiento humano. A lo largo de sus años se distinguió por su especial manera de ser, por su carácter, por su comprensión, por su bondad y, sobre todo, por su característica sencillez que todos sus amigos le admiramos. Con estas cualidades congénitas la vida del poeta discurrió hacia adentro, hacia las fuentes de la verdad íntima y desnuda, sin violentar los pregones de la fama, ni acuciar a los falsos heraldos de la popularidad; atenta y preocupada solamente a la vocación de un sosegado ejercicio artístico. En fin, Aurelio Arturo llevó una vida claustral de empeinado aislamiento; edificada por completo a espaldas de la vocinglería cotidiana. Creemos que en todo momento, el verso de Barba Jacob, fue la secreta consigna de sus actos: "no brillar, no fingir, oscuro trabajar".

Con sobrada razón, los miembros del jurado calificador que, en 1963 adjudicaron a Aurelio Arturo el "Premio Nacional de Poesía Guillermo Valencia", por su obra *Morada al Sur*, consignan en el acta: "Su vida como hombre puede calificarse de ejemplar. Lejos de toda clase de camarillas, ajeno a las intrigas, ha sido un trabajador obstinado y silencioso, en lo concerniente a su profesión y a su vocación literaria. Su menosprecio por la popularidad y el renombre puede estimarse como uno de los rasgos heroicos de su personalidad".

La poesía de Aurelio Arturo —escribimos entonces— es una rumorosa comarca de árboles y ríos detenidos en el sur de la patria. El viento de la música interior agita, como hojas, las sencillas palabras, en lentos giros, en raudas espirales verdes, o en lluvia armónica que desciende sobre la ílmite superficie del canto. Una honda ternura, circunda de nostalgia, fluye por el cuerpo de las estrofas, se difunde por ellas, vivificándolas con sabia elemental. En el ámbito de sus canciones amanece siempre. El corazón del poeta oscila entre las cosas mínimas y la recóndita claridad de las estrellas. Hay un momento que esos extremos del universo encuentran su vértice expresivo, su acento natural, en la voz estremecida por la ráfaga de lo inefable. Nace entonces el verso de Aurelio Arturo en la integridad de su pureza original, en la cabal plenitud de su inconfundible hermosura.

Pero es preciso decirlo de una vez por todas: Aurelio Arturo es un artífice del verso nutrido de canciones íntimamente atadas a las raíces de sus sueños y de sus vivencias poéticas; de todos esos can-

tos que fluyen con donaire, que encantan y seducen el alma tiernamente. Aurelio Arturo fue un hombre que vivió en trance de éxtasis y creatividad; un hombre que cantó por todos los caminos del ensueño. Temperamento lírico de las más refinadas calidades y de la más delicada sensibilidad, nos deleíta siempre con la expresión depurada y mirífica del canto:

*Yo soy la voz que al viento dio canciones,  
puras en el oeste de mis nubes;  
mi corazón en toda palma, roto  
dátil, unió los horizontes múltiples.*

(Clima)

*Y he de cantar en días derivantes  
por ondas de oro, y en la noche abierta  
que enturbiará de tí mi pensamiento,  
he de cantar con voz de sombra llena.*

(Qué noche de hojas verdes)

*Si de tierras hermosas retorno,  
¿qué traigo? ¡Me cegó su resplandor!  
Las manos desnudas, rudas, nada,  
no traigo nada: traigo una canción.*

(Remota luz)

En la "Canción de la distancia", el poeta concluye:

*Volver la senda turbia oyendo al viento  
rumiar lejos, muy lejos de los días.  
Por mi canción conocerás mi valle,  
su hondura en mi sollozo has de mirarla.*

Definitivamente, la obra de Aurelio Arturo está engalanada de canciones, frutos maduros que nos deparan el sabor de sus mieles; como bien podemos apreciarlo en este conjunto de poemas, característicos todos ellos de su forma y de su esencia: "La canción del verano"; "Canción del ayer"; "Canción de la noche callada";

“Canción del amor y soledad”; “Canción de hadas”; “Canción de hojas y de lejanías”; “Canción del niño que soñaba”; y la “Canción del viento”; de ese viento que habla sin palabras. . .

En la “Canción de la noche callada” el cantor oye “crecer las mujeres en la penumbra malva/ y caer de sus párpados la sombra gota a gota. . .”. Y despierta “en un sueño de espigas de oro trémulo/ junto del cuerpo núbil de una mujer morena/ y dulce, como la orilla de un valle dormido”.

En la “Canción de amor y soledad”, resplandece la total configuración del sentimiento amoroso:

*mi corazón es una carne tuya, tu carne,  
cantando entre distancias y entre nieblas.*

*Tuyo es el viento y el rumor, dorados,  
tuyo el canto en la noche sin palmeras,  
tuyo el trémolo al fondo de los huesos,  
y el palpitar oscuro de mis venas.*

Hemos dicho que Aurelio Arturo cantó con sin igual donaire por todos los caminos del ensueño. Así lo revela plenamente el poema “Canciones” que se impone repetir con exultación:

*Cántame tus canciones,  
tus esbeltas, desnudas canciones,  
esas que se visten de menudas hojas verdes  
y hojas rojas,  
y hojas verdidoradas,  
con cortezas resinosas  
y pequeñas piedras pulidas por el agua.*

*Cántame tus canciones:  
las de los delgados cielos azules,  
de las nubes azules,  
de las montañas azules.*

*Y las otras:  
las de las aguas hechizadas  
que se precipitan gritando por las rocas,  
y aquellas en las que bandadas de alondras  
levantan la mañana.*

*Y la canción de los hermosos caballos,  
en la que se enumeran los caballos por sus colores,  
y sus nombres  
y sus orígenes y linajes.*

*Y la canción de los pájaros, las aves  
que se nombran según sus plumajes  
y sus vuelos y sus melodías.  
Y la canción de las lluvias,  
de las lluvias inmemoriales. Y de las otras,  
las frívolas y danzarinas.*

*Y la honda canción de las noches  
que hablan doradas palabras  
que rebrillan por instantes,  
las pacientes noches de larga memoria.*

Y así lo demuestra, de manera inequívoca, aquel fragmento del poema "El cantor" que entraña la urdimbre autobiográfica de este prestidigitador del canto:

*Yo soy el cantor,  
el hombre que canta a los cuatro vientos,  
un hombre de corazón  
diciendo tornátiles palabras,  
a la sombra de la noche mirífica,  
a la sombra de sus párpados lentos.*

Ahora si creemos que Aurelio Arturo proyectó alguna vez la publicación de un libro de poemas con el título *Un hombre canta*, tal como aparece en la hermosa antología poética, que conservamos avaramente, publicada con gusto refinado por Plinio Mendoza Neira e ilustrada por el artista José Restrepo Rivera, en la que incluye los poemas "Morada al Sur" y "Sol", este último de nuestro afecto y codicia intelectuales:

*Mi amigo el sol bajó a la aldea  
a repartir su alegría entre todos,  
bajó a la aldea y en todas las casas  
entró y alegró los rostros.*

*Avivó las miradas de los hombres  
y prendió sonrisas en sus labios,  
y las mujeres enhebraron hilos de luz en sus dedos  
y los niños declan palabras doradas.*

En dicha antología Aurelio Arturo nos hace esta confesión:

Considero cosa vana tratar de definir la poesía. Creo en ella, simplemente, y la prefiero cuando se confía al valor expresivo de las palabras, mejor que a su elocuencia. Creo en la poesía todopoderosa, que encarna en palabras la vida y que no existe, que no puede existir, sin raíces en el subconciente. Pero ella no es solamente subconciencia o conciencia sola, sino, a un mismo tiempo, sueño y vigilia. En su lenguaje intenso, impregnado de la humana experiencia se aúnan la imaginación, la sensibilidad y la inteligencia.

Esta, y solamente esta, es la concepción poética de Aurelio Arturo, a cuyos cauces supo corresponder de manera excepcional porque fue realmente dueño de una fecunda inspiración, de una tierna sensibilidad, de una fina inteligencia y de un profundo sentido del ritmo y del lenguaje.

Hasta aquí la visión creativa del artífice que puso todo "el corazón en el destino supremo de la poesía". La imagen del hombre —al igual que sus atributos intelectuales— queda enmarcada de manera indelible y perdurable en el testimonio epistolar de Temístocles Pérez Delgado:

A través de largo tiempo intimé con aquel sutil, sonrosado y diminuto andariego, que fue mi gigante amigo: poeta dionisiaco y sibarita, estoico y enigmático, excéptico y voluptuoso, virtuoso del bello sexo, prendas que abreviaron su vida misteriosa. Fue mi admirado orientador. Tenía un amplio conocimiento de la literatura inglesa que leía en su lengua original. En mi último encuentro con él en Pasto, recuerdo que me prestó *El Castillo* de Kafka, y *Almas solas*. Como sospeché que la obra no estaba a mi alcance, me hizo una extensa explicación de la filosofía y literatura kafiiana, de su sentido onírico del nebuloso soñador judío, que me dejó pasmado y estático. Aurelio era un pozo de ciencia que cubría con una sonrisa abstracta, y tan tímido y tan sencillo.

De esta sentida evocación emerge la figura del poeta en toda su plenitud; tal como fue, tal como discurrió —casi imperceptible— por la comarca de sus sueños y por el mundo de las gentes que lo rodearon y supieron valorar sus cánticos.

Aurelio Arturo, un hombre que canta con acento melodioso, no se ha ido de nuestro lado. El habita con nosotros constelado de canciones, de aquellas canciones que palpitan entre una lumbre infinita “sin días y sin noches”. Los versos del autor de *Morada al Sur* se entrelazan con nosotros ahora y siempre “como el olmo y la vid en los poemas virgilianos”.

Así, como una verdadera primicia, damos a conocer los poemas “En azul lejano” y “Veinte años”, de Aurelio Arturo, hallados entre los papeles inéditos de Porfirio Barba-Jacob, en las circunstancias descritas por el afortunado descubridor Eduardo Santá —quien conserva los respectivos originales—, en su ensayo “Los papeles desconocidos de Barba-Jacob”, publicado en el suplemento literario de “El Tiempo” de Bogotá, en la edición del 16 de enero de 1983.

Los restantes, “El cantor”, “Canto a los constructores de caminos” y “Paisaje”, aunque publicados hace ya muchos años, hasta ahora no han sido incluidos en ninguna de las obras que recogen la producción poética de Aurelio Arturo, a tal punto que pueden considerarse casi inéditos.

Al final, publicamos un poema de Omer Miranda dedicado a Aurelio Arturo, cuando recibió el “Premio Nacional de Poesía Guillermo Valencia” y el artículo inédito “Entre el sueño y la poesía” del escritor y poeta Francisco Javier Zuluaga Zuluaga.

En esta forma, con devoción intelectual, al tiempo que salvamos para la posteridad los mencionados poemas, rendimos un merecido homenaje a la memoria del poeta Aurelio Arturo.



*Nuncio Latino*

---



## EL AZUL LEJANO

*Oh vuelo de infinitas manos dúctiles,  
casi fluidas, fluidas, etéreas...*

*Oh dulzor de sentir sumergirse  
en algo inefable, lontano.*

*Sus manos!, sus manos se multiplicaban  
sobre el piano.*

*Suspende, le dije, con voz de ruego, de angustia, casi áspera,  
Pero ella no supo en su vida fugaz, cuanto bella,  
que pulsabas mi espíritu  
en vez del piano enlutado en el rincón donde se agotaban  
los ángeles  
con sus alas diáfanas como urdimbres de hilos de agua.*

*Pero ahora,  
¿para qué hacer languidecer la sombra de ese dolor  
en el camino sin fin de mi verso?*

*Dejad que allá... lloren esa música y ese corazón.  
Dejad ese piano violado por la blancura violenta  
porque un piano —oh destino—  
puede llenar todo un bello pasado!*

*Que no violen sus manos hirientes por demasiado finas  
mi noche, mi noche que bajo sus dedos ingrátidos  
podría gemir toda ella como un piano dantesco.*

*Adiós!*

*Oh juventud que te quedaste soñando  
en el valle de la estrella más sola!*



## VEINTE AÑOS

*Yo soy el señor de veinte castillos de puertas ferradas,  
que jamás han de abrirse, que nadie,  
ni Dios con su puño de luz, formidable,  
ha de abrir en el tiempo.*

*Tengo veinte castillos que me han construido  
los hombres tristes que de mí han salido:  
soy apenas un molde de arcilla  
donde se han esculpido  
tantos hombres pasados.  
siluetas de humo.  
estatuas signadas  
con un sello letal en la frente.*

*Y en cada uno de mis veinte castillos se abren doce recintos,  
doce distendidos salones oscuros.  
Como obreros autómatas  
los hombres que dejo de ser cada instante,  
construyen los salones —momentos: ladrillos—  
y se ferran por dentro,  
en una actitud van quedando,  
aquel abrazado  
a la misma ilusión que el siguiente  
de sus brazos arroja, agostada.*

*Sobre mis castillos el buho hizo una cueva  
de sus propias meditaciones.*

*Y en los primeros salones quedaron  
abandonados, la lámpara mágica,  
Barba Azul y otros dulces amigos.  
En los demás fui dejando encerradas,  
bellas niñas de ojos brillantes,  
de cabelleras fulgentes y negras.  
de ojos magnéticos y manos dementes.  
bellas doncellas que bebieron el filtro  
de la locura. . . mujeres desnudas  
como serpientes. . . mujeres-estatuas.  
mujeres-sueños que nunca tuvieron  
contornos. . . mujeres  
desnudas como ánforas. . . todas*

*las mujeres que amé, que soñé, que me amaron,  
y que recorren los oscuros salones, llamando  
mi nombre, con pasos fantásticos.*

*En los rincones apesadumbrados  
como monjes en penitencias, meditan  
los recuerdos y brillan sus ojos.  
En esos salones brillaron las lunas.  
Vino a visitarme la nodriza Noche.  
Aleteó el Amor —ave blanca  
llagada de besos. . . -  
Estuvieron los seres queridos,  
pasaron los amigos y huyeron  
los pájaros azules, los violines lloraron. . .*

*En todos el eterno reloj tictaquea  
agónicamente. . . El silencio medita.  
Y la sombra funesta y helada  
mueve la eterna lanzadera  
de sus monstruosos telares, malditos.*

1927.

## EL CANTOR

(Fragmentos)

*Yo soy el cantor,  
el hombre que canta a los cuatro vientos,  
un hombre de corazón  
diciendo tornátiles palabras,  
a la sombra de la noche mjrífica,  
a la sombra de sus párpados lentos.*

*Yo soy el cantor.  
Cantaré toda cosa bella que hay en tierras de hombres,  
cantaré toda cosa loable bajo el cielo.  
Cantor, cantador,  
de ritmos  
prestidigitador.*

*Si una hoja se mueve en los bosques,  
yo lo sabré.  
Sólo yo, el cantador.  
Sólo yo he de recogerla.  
Haré de ella un ave, o lo que quiera,  
haré de ella un pajarillo  
y lo pondré en mi canción como en un valle.*

*Porque yo soy el cantor y canto toda cosa.  
Canto la luz.  
Y canto la sombra y el amor.  
Pero la boca de las mujeres la cantaré mil veces.*

*Yo haré bellas canciones para todos.  
Para el bueno y el malo,  
el procaz, el maldiciente, el torvo,  
el santo, el mendigo, el simple.  
Le regalaré una canción a una mujer perdida,  
le regalaré una linda canción o una moneda.*

*Entre mi bosque de palabras ligeras,  
con mi corazón atado a un cielo de rosas,  
yo canto todas las canciones que sean buenas,  
todas las canciones entre los días, al viento.*





*Canciones desnudas para doncellas divinas,  
no de sedas, no de linos, aún más inconsútiles.  
Guirnaldas de palabras, sartas de sílabas.*

*Y canto los días,  
como a vientos de oro los canto,  
como a vientos que elevan su polvareda  
hasta el cielo de tumbo azul, fulgente.  
Yo canto las noches.  
Con sílabas os haré claros de bosque.  
O de esos cielos gastados, mariposas vivaces.*

*Canté una vez a una mujer,  
antaño, en un antaño ignoto la canté.  
Y en su ciudad aún es linda,  
aún es joven la linda mujer, por gracia  
de mi canción.*

*Porque yo canto toda cosa loable bajo el cielo.  
Yo el cantor, el cantador,  
de ritmos  
prestidigitador.*



## CANTO A LOS CONSTRUCTORES DE CAMINOS

*Canto a los hombres orgullosos  
de llamarse constructores de caminos.  
Canto sus cuerpos casi minerales,  
formados por terrones y por bloques.  
Los canto en el alba, con las azadas al hombro,  
porque ellos son el verdadero ejército.*

*Yo os canto selva humana que avanza,  
postes y pilotes, generación de robtes  
que nadie se atreve a podar.  
Os canto a vosotros que habeis roto  
el cráneo de Adán, creyéndolo una roca.*

*Os canto librando la batalla contra la tierra oscura,  
que a todos os devorará con ansia,  
prolongando, no obstante, el plazo a los más fuertes.*

*Yo os canto, hombres de rudo tórax y ojos limpios  
como el cielo de América.  
Yo os envío mi grito como la vieja águila rampante.  
Cuando alzáis vuestras armas, ya enronquecida la voz del sol,  
yo os canto mirando silenciosos el poniente,  
como una confusión de banderas sangrientas.*



## PAISAJE

*Mira, mira estos campos que por nada  
te ofrecen su extendida cosecha de belleza.  
Mira el alba desnuda bajo un arco de ramas,  
un pájaro de aire y en su garganta una agua pura.  
Mira el trasgo de la luz en toda línea.  
Y el día, rubio jayán, vestido sólo de hojas.  
(Que al alba rosa la vista nupcial la transparencia.  
Que al blanco día vistan sólo las hojas verdes).  
El cielo, con su silbo azul, pastorea nubes.  
Y la atmósfera canta las canciones dispersas  
de la luz, de la luz de innumerable espada.  
Hace siglos la luz es siempre nueva.  
Pon ternura de amor en tus ojos, tú que cruzas,  
que cruzas leguas, leguas,  
siempre en tu hombro el cielo con su gorgojo infinito,  
y dos hojas vivas sobre la cabeza de tu joven cabello.  
Mira esta inmensa hermosura, este suelto  
manantial de alegría, esta salud de árboles.  
Esas altas montañas embellecidas de distancias  
y las distancias que lanzan su saeta.  
Mira la tarde de oro que inclina su cabeza  
suavemente, su blonda cabeza en el crepúsculo,  
como una bella mujer sobre un cojín de sedas.  
Mira, mira con ojos puros,  
pón suavidad en ellos, alegría profunda:  
caen ya las primeras lágrimas de la noche.*